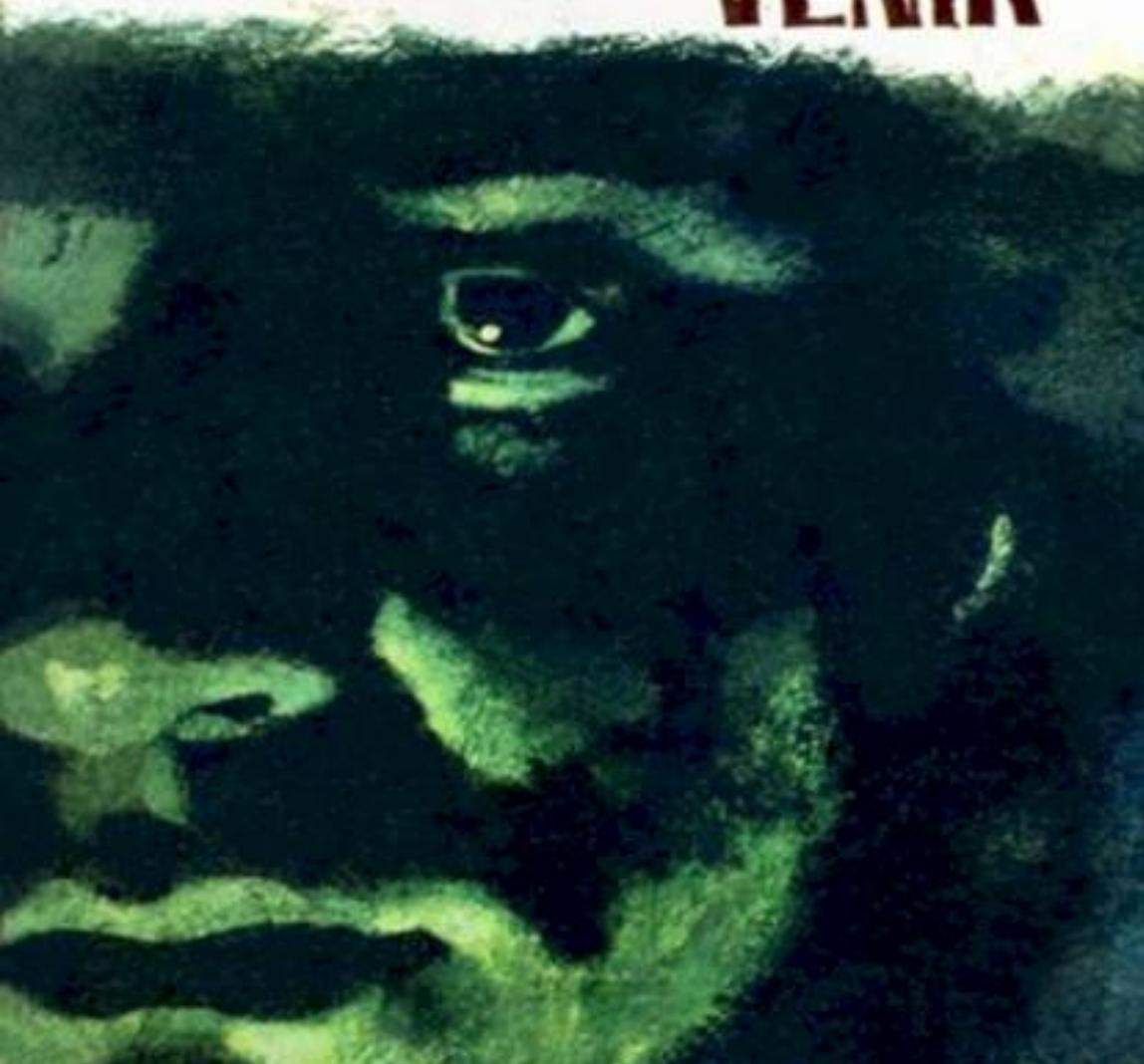


GALAXIA
Ciencia Ficción

TIEMPO POR VENIR

EXTRA

**I. ASIMOV - POUL ANDERSON
PHILIP K. DICK**



Recopilación de historias de los grandes del género.

BUTCH

Poul Anderson

CAPÍTULO PRIMERO

Como todo el mundo, leí las noticias sobre el Meteoro de Nova Scotia con cierto interés, aunque reconoceré que mi primer pensamiento fue que era una lástima que hubiese caído en el Atlántico de manera irrecuperable. Cualquier cosa lo bastante grande para producir tan fuerte ruido debería haber tenido un real valor científico. Fue Valerie quien me destacó las granjas, ciudades y personas sobre las que, por suerte, no había caído. Luego lo olvidamos.

Unos pocos días más tarde, los periódicos estaban llenos de historias acerca del Monstruo Bangor. Y recordaron el terror que reinó durante una semana en la zona de levante de Maine: dos hombres y un muchacho fueron encontrados muertos en lugares solitarios y cierto número de perros y vacas aparentemente desgarrados por zarpas afiladas como cuchillos; huellas no identificables aparecían en torno a los cadáveres, que podían haber sido hechas sólo por algo que caminase sobre dos pies; historias de haber visto vagamente la cosa, historias de esa cosa persiguiendo a la gente, diez mil historias diversas y descripciones sobre toda la costa este; la policía estatal por doquier, periodistas por todas partes, la Cosa (ahora ya con mayúsculas) también simultáneamente en diversos sitios. Como siempre, cualesquiera que pudieran ser los hechos quedaron enterrados bajo las historias y las mentiras de los que buscaban publicidad. Luego la súbita desaparición de noticias, la historia relegada a las páginas postreras, los psicólogos diciendo

pomposas tonterías sobre alucinación en masa y el olvido. Muy pronto dejamos de parar mientes en aquello también.

Fue un par de meses más tarde, cuando volví a casa en una de esas crudas e inhóspitas tardes que sobrevienen en el invierno de Chicago y encontré que teníamos un visitante. Abrí la puerta de nuestro apartamento, pensando más que nada en la cena, en un escocés caliente con limón, la pipa, las zapatillas y nuestra Novena de Beethoven recién adquirida. Valerie me salió al encuentro y yo la saludé con todo detalle. Incluso después de dos años de matrimonio, uno no se cansaba de aquella mujercita vivaz e imaginativa cuya figura queda mejor descrita haciendo signos ondulados con las manos. Además, también sabe cocinar.

—Bob... —dijo—, Bob, cuidado con mi peinado... ¡Eh, cuidado!... Oh, bien... ummmm... —Librándose de mi abrazo añadió—: Tómatelo con calma, hombre de las cavernas. Tenemos compañía.

—¿Oh? —Pasé junto a ella y entré en la sala de estar. El doctor Urquhart estaba sentado debajo la Vista de Toledo, era una figura bajita, redonda, con cabeza grande, que conocía desde hacía cuatro años—. ¡Bien, que me condenen!

—Cosa muy probable —dijo Valerie.

El doctor se levantó y me estrechó la mano. Nos conocimos durante la guerra, cuando él era médico y trató de descubrir lo que puede soportar un piloto humano y yo ingeniero explicándole por qué el piloto tendría que soportar un poco más que aquello y desde entonces conservamos la amistad.

—Me alegro de verle —dije de corazón—. Pero ¿por qué diablos no nos avisó que venía? Le hubiéramos preparado...

De pronto me di cuenta de lo serio que estaba su rostro y me interrumpí. Durante un momento hubo silencio.

—Esto es comercial, Bob —dijo por último—. Quiero ofrecerle un empleo.

—Gracias, pero ya tengo uno —respondí.

—¿Pueden darle una excedencia?

—¿Por qué?... Bueno... ¿qué es lo que quiere de mí?

El doctor sacudió su gran cabeza gris.

—No se lo puedo decir. Aquí no. Pero nunca habrá trabajado en nada más importante.

—Le aseguro, doctor Urquhart, que no tenemos rusos bajo el sofá para tomar notas —intervino Valerie.

—Lo siento, señora Muir. Es que, bueno, es que no puedo hablar del asunto. De hecho, tendré que pedirles que no mencionen que he estado aquí o que Bob ha sido consultado.

—Eso sí lo acepto —dije enojado.

—Mire, Bob —respondió el doctor—, usted me conoce bien. Aquí está el trato. Necesitamos un individuo como usted y yo le recomendé personalmente. Por fortuna, trabaja usted de momento con datos clasificados, así que su permiso del FBI se puede dar por concedido. Buena paga y el trabajo es, bueno, es la clase de cosas que uno pagaría por realizar. No le empleará mucho tiempo, quizás unas seis semanas. Vine a entrevistarle personalmente y a ver si encajaba usted en las calificaciones requeridas. El hablar con su esposa me ha convencido de que así es.

—Tendré que pensármelo —dije con reservas.

El doctor cambió de conversación y tuvimos una velada agradable, la clase de veladas que en mis días de soltero hubieran durado hasta el alba. Al final, claro, acepté su oferta. Dos días más tarde, estábamos en un taxi en dirección al aeropuerto en donde nos esperaba un avión especial.

—¿Y ahora puede decirme de qué se trata el trabajo? —pregunté.

—No hasta que estemos en el aire —respondió—. Pero sí le diré por qué está usted calificado para realizarlo.

—Adelante.

—He advertido que sigue usted leyendo ciencia-ficción.

Resultó que el avión era un aparato de la Fuerza Aérea, muy rápido, con una tripulación joven pero taciturna. No me hicieron sentir importante, de cualquier manera; en su lugar, tuve la absoluta idea de que era un pececillo insignificante capturado por una enorme maquinaria.

* * *

—¿Cuál es nuestro destino? —pregunté humildemente.

—El Instituto Danton. Es un hospital mental en la parte superior del Estado de Nueva York —el doctor encendió su pipa y comenzó a expeler nubecitas de humo azuladas.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Formaremos parte de una comisión sanitaria.

—¿Eh?

—Tenemos que decidir si un ser del espacio extraterrestre está cuerdo o no.

El Instituto Danton había sido elegido principalmente a causa de su aislamiento. Se alzaba en las onduladas colinas por encima del valle del Hudson, con un par de centenares de acres de jardín y parque rodeándolo; una vez había sido la hacienda de un millonario. La ciudad más próxima era un pueblo a unos quince kilómetros, por lo demás sólo había algunas esparcidas granjas. Una gran tapia de piedra rodeaba la casa principal, que fue la mansión y en su alrededor habían brotado otros edificios mucho más pequeños. En total, debía haber sido bastante placentero, con una clientela exclusiva y cara. Todos estos pacientes se trasladaron a otra parte y ahora el Instituto parecía más un campamento armado. Los centinelas estaban en todos los accesos, los centinelas patrullaban las tapias, «jeeps» y tanquetas y unos cuantos tanques ligeros estaban aparcados con sus conductores con expresión aburrida siempre vigilando la cerca; los helicópteros se posaban en la parte posterior,

los soldados habían convertido los dormitorios en cuarteles; esos soldados y paisanos de apariencia importante entraban y salían de la gran casa...

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¿Y todo esto para un ser extraterrestre?

—Si usted recuerda su ciencia-ficción —dijo el doctor—, este ser extraterrestre puede en cualquier instante comenzar a partir por medio los hombres por telequinesis. O quizá decidir que no le gustamos y trasladarse a Rusia... con toda su sabiduría. O puede llamar al Kremlin por telepatía y hacer que se le envíe una brigada de paracaidistas para liberarle de aquí.

—Me pregunto quién será el loco —murmuré. Nuestros pases los estaba ahora revisando el cuarto y consecutivo M.P.

El doctor se encogió de hombros.

—Supongo que usted le daría la bienvenida con una banda de música y las llaves de la ciudad... después de que hubiese asesinado a tres ciudadanos desarmados en Maine, incluyendo un niño de diez años, y desgarrado la garganta de un psiquiatra de aquí, que sólo trataba de conseguir un encefalograma.

—Ummmm. Sí —contesté—. Eso es.

Un joven teniente de Inteligencia, de aspecto tenso, nos pastoreó a través de pasillos de alto techo y paredes de robles, hasta el cuarto en donde se encontraba la oficina principal del Proyecto Brujo. Este nombre, junto con otras pistas equívocas, había sido elegido con malicia después de mucha meditación: en caso de que hubiese alguna filtración, se esperaba que «ellas» resumieran que habíamos adoptado el Instituto meramente para estudiar algo en la línea del ESP que podía tener valor militar. Escuché retazos de conversación entre hombres. Nada tenían que ver con las estrellas o la ciencia adelantada un millar de años con respecto a lo nuestro o al destino de la raza a la que pertenecíamos; principalmente se hablaba del aburrimiento de

hallarse confinados aquí indefinidamente, sin excesivas caras de mujer alrededor. Nadie, excepto el jefazo, podía abandonar el Instituto hasta que se hubiese conseguido algo de Butch.

El brigadier general Harmon J. Leslie tendría unos cuarenta años, era un hombre corpulento, de aspecto rudo, con cabello hirsuto corto y gris y gafas de concha. Era en realidad un simple administrador; el verdadero jefe del Proyecto Brujo era el doctor Hamilton Moran. Ambos me saludaron cuando entramos, dijeron que estaban satisfechos de conocerme y nos pidieron que nos sentásemos.

—No se me han dado muchos detalles —dije—. Ni siquiera estoy seguro de que puedo ayudarles.

—Todo el asunto no tiene precedentes —empezó Moran—. Tenemos que elaborar nuestras propias reglas sobre la marcha. El doctor Urquhart dijo que usted tenía la clase de mente que podría proporcionar nuevas maneras de abordar el asunto, frescas ideas... eso nos basta. Aunque no fuese otra cosa, usted quizá pueda decidir si está muy adelantada la tecnología del pueblo de Butch.

Era un hombre delgado, moreno, de rasgos marcados, cuya voz gentil no encajaba con su aspecto casi puritano. El doctor dijo que había sido elegido para dirigir el proyecto a causa de su prominencia como psiquiatra investigador. Tenía mucho que ver con el desarrollo de las técnicas del «choque» y la lobotomía, igual que con el trabajo fundamental de encefalografía y neurología. En la actualidad, no había muchos hombres trabajando en el problema. Un gran número lo único que habría hecho sería interferirse mutuamente. Moran y sus ayudantes estaban manipulando el aspecto psiquiátrico, mientras que el personal del doctor Urquhart aún consideraba la anatomía y bioquímica de Butch. Yo era una especie de último recurso; quizá Butch era entre su gente el equivalente a un ingeniero y yo pensaría bastante como él para comprender lo que ocurría en aquel cráneo no humano.

—Supongamos que empiecen ustedes por el principio —sugerí—. Adivino que el Meteoro Nova Scotia era en realidad una espacionave que se estrelló en el mar. No ha sido recuperada, ¿verdad?

—Con unos cuantos millares de kilómetros cuadrados en los que pudo haber caído y unos pocos centenares de millares de palmos de agua encima... a duras penas —la voz del general era seca—. Seguimos intentándolo, pero es desesperanzador. En apariencia perdió el control y Butch fue el único superviviente. Logró escaparse...

—¿Cómo?

—¿Y cómo voy a saberlo? Se le encontró en Maine a quinientos o seiscientos kilómetros de distancia, prácticamente desnudo. Puede que sea... ¿cuál es la palabra?... telequinesis.

—Entonces él no se quedaría aquí —dijo Moran con brusquedad—. No hubiese sido capturado en absoluto. No, me imagino que tuvo... un... podríamos llamarlo paracaídas antigraavitatorio... que le llevó hasta Bangor. Luego probablemente se quedó sin combustible, lo enterró y continuó a pie. Vagó durante una semana, poco más o menos, presumiblemente escondiéndose de día y viajando de noche.

—Eso suena como si tuviese miedo de nosotros —sugerí.

—Bueno —repuso el doctor—, ¿no lo tendría usted si aterrizase en un planeta extraño? Él no tenía la menor idea de cómo éramos. Quizá, si hizo la comparación con los otros planetas que había visto, las máximas posibilidades era que fuésemos hostiles. Enterró su paracaídas para no darnos ninguna información que no tuviéramos y comenzó a merodear tratando de aprender en qué clase de mundo había caído.

—Es una buena hipótesis —saltó Moran—, pero no encaja con los hechos. Hechos que constituyen la muerte de varias personas y animales sin provocación alguna.

—Debió matar las vacas para conseguir comida —dijo el doctor—. En realidad estaban parcialmente comidas. Los perros puede que le ladrasen y no quisiese correr el riesgo de armar tanto escándalo.

—¿Pero y la gente? Debió haber sabido que eran la especie dominante aquí y que, al matarlas, despertaría un gran terrorismo entre nosotros.

—Eso no lo puedo explicar —admitió el doctor con una voz débil.

—Ni tampoco ha sido nada cooperativo desde que lo pillamos —dijo Moran. Sus tonos suaves de súbito se volvieron fríos—. Debería haber sido capaz de comprender dónde reside su única ventaja. Pero no hace nada que tenga sentido. La mayor parte del tiempo se muestra del todo pasivo. Rehusando la comunicación en cualquier forma. Ocasionalmente, sin motivo en absoluto, entra en furias asesinas. Hemos tenido a un hombre muerto y varios malheridos.

—¿Y cuál es, pues, su teoría? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—Está loco, claro. Probablemente recibió alguna herida en la catástrofe y eso le ha hecho perder el juicio.

Leslie sonrió con algo de tristeza.

—Dios sabe cuál es el problema —dijo—. Butch representa una civilización mucho más adelantada que la nuestra, más de lo que podríamos imaginar, ya que nos sería imposible soñar en lo que ellos han conseguido. La energía atómica, el control de la gravedad, el viaje probablemente más rápido que la velocidad de la luz... ya puede usted redactar su propia lista. Necesitamos conseguir su conocimiento, tanto en bien de esta nación como por el de toda la maldita raza humana. Su civilización podría con toda probabilidad aplastarnos como si fuésemos escarabajos, si así lo desearan. ¿Pero querrán? ¡Tenemos que saberlo!

Extendió las manos.

—Sólo que Butch está loco. Primero necesitamos curarle. ¿Cómo curaría usted a un miembro no humano de una civilización que nunca estuvo en la Tierra?

El doctor Urquhart dirigió un ceño sardónico hacia Moran.

—Creo que hay una cuestión más fundamental —replicó—. ¿Cómo sabrá usted cuándo está curado? ¿Qué es lo que constituye la cordura para Butch?

* * *

La acolchada celda estaba en el piso superior, al final de un corredor cuyas puertas se abrían a laboratorios atestados con más equipos de pruebas de lo que yo podría citar. Un par de centinelas estaban plantados en el rellano y otro par franqueando la puerta exterior de la celda, y todos se pusieron en posición de firmes cuando los cuatro nos acercamos.

La habitación de allí era grande. Había sido cortada en dos por una pared recia aunque levantada apresuradamente. El extremo opuesto era la celda. Moran señaló con un gesto una tronera y yo miré por ella. Había lentes de gran angular que cubrían casi todo el espacio, pero yo miré sólo a Butch.

Estaba plantado en medio de la habitación, los brazos colgando, la gran cola, como la de un gato, caída, su estructura era retadora. Mi primera impresión fue que se trataba de un gigante. Luego reconocí la ilusión común a los que medimos uno noventa y que nos hace creer que cualquiera de su propia estatura es más alto. Según las medidas, Butch medía uno noventa y dos y pesaba unos noventa kilos. Su dorso parecía casi humano, amplios hombros y músculos lisos; sus patas no eran del todo tan humanas, era un ser de dos pies y caminaba con una postura inclinada sobre las tres zarpas de cada uno de sus pies. Tenía espolo-

nes óseos en los talones y cuando los cuatro nudosos dedos de su mano se unían, sobresalían entre ellos las zarpas retractiles. Un pelo hirsuto, gris azulado, le cubría toda la forma; por lo demás llevaba sólo una especie de alforjas de algún tejido suave, de aspecto metálico, en apariencia indestructible. La bolsa estaba vacía cuando lo capturaron.

Su cabeza era la cosa más extraterrestre de él. Tenía un buen tamaño, redonda, con una gran frente abultada y largas orejas puntiagudas. Los ojos eran oblicuos y amarillos, con pupilas estrechas y horizontales. Su boca era amplia, de labios carnosos, con dos especies de colmillos proyectándose sobre la barbilla. En lugar de nariz tenía dos órganos carnosos que parecían como crecimientos ramificados de coral, aunque eran suaves y movibles.

Nos presintió y dio media vuelta. Durante un momento siseó y sacó las zarpas. Luego volvió a su indiferencia.

Yo le miré desde la barrera, estremeciéndome. La policía del Estado necesitó tener valor en verdad para seguir el rastro a aquel monstruo y luego capturarlo con redes en lugar de llenarlo de plomo. Después de eso, claro, el FBI y el Servicio Secreto se hicieron cargo. Estos grupos trabajaban rápidos cuando se lo proponían.

—Se necesita algo de tiempo para acostumbrarse —dijo el doctor en voz baja—. Pero a su manera es en realidad hermoso. A él debemos parecerle igualmente fantasmales.

—O a ella —murmuró Leslie.

—¿Ella? —pregunté, sorprendiéndome un poco—. Mire, sólo por que sea del exterior...

—Oh, yo no pretendía ser tan rotundo... tan lleno de prejuicios —dijo el general—. El hecho es que Butch recibe tratamiento masculino sólo por cortesía. En realidad es... un... ejem... hermafrodita.

—¡No bromeé! —Le dirigí otra mirada.

El doctor asintió.

—Todavía no conocemos muy bien su anatomía —dijo—. Pero se ha sometido a cierta cantidad de exámenes.

Tiene sangre caliente, es peludo, con órganos reproductores a la vez masculino y femenino... aunque ninguno de los dos se parece mucho a los nuestros. Puede reproducirse por sí sólo o en sociedad con otro ejemplar. Pero es ovíparo, estoy seguro, y no tiene órganos lactarios —sonrió con malicia—. Ni mamífero, ni reptil, ni nada. Y ya puede usted buscarle nombre.

—¿Y qué hay de esas... antenas?

—Crecimientos esponjosos, utilizados a la vez para respirar y oler, por lo que hemos podido adivinar —dijo Moran. El doctor frunció el ceño un poco; después de todo, estos resultados habían sido conseguidos por su equipo—. Pruebas con rastros minúsculos de perfumes, etc., indican que su sentido del olfato es muy superior al nuestro. Mientras no podamos estar seguros, tenemos motivos para pensar que los otros sentidos son casi tan buenos como los humanos, quizá su oído no es del todo igual al nuestro normal. Probablemente nos olfatea por esta tronera.

Volví a mirar. Había comodidades higiénicas en la celda, también acolchadas y cubiertas de caucho. El doctor me dijo que Butch las utilizaba sin habersele instruido necesariamente en su uso.

—¿Qué hay de la comida? —pregunté.

—Ahora tenemos aquí un verdadero problema —dijo el doctor—. Su metabolismo evidentemente es bastante similar al nuestro. Muestras de sangre y de células, análisis de los excrementos, etc., lo indican, aunque hay algunas anomalías interesantes. Por ejemplo, no hay adrenalina... hay otro derivado del fenol en su lugar; y está su sistema de cromosomas... Bueno, de cualquier forma, le hemos dado una enorme variedad de comidas y le hemos permitido escoger lo que quiere. Principalmente emplea la carne; aunque no la tocará si está ensangrentada. También consume algunos frutos y verduras. Hasta ahora su salud ha permanecido tolerablemente buena, por lo que yo puedo juzgar. Sólo... ¿qué vitaminas y rastros de elementos necesita y le

faltan en esta dieta que le damos? Sería extraño que pudiese sólo comer alimentos ordinarios de la Tierra durante mucho tiempo sin desarrollar alguna especie de deficiencia. Hemos añadido un suplemento conteniendo casi todo lo que podíamos imaginar, en dosis minúsculas, de modo que si necesita tántalo o calcio, lo reciba. Pero... —El doctor se encogió de hombros—. No hay manera de averiguarlo.

—No puede ser de este sistema solar —dijo muy tranquilo—. No hay planetas aquí de los que pudiera haber venido.

—Sí —dijo Leslie—. Espacionaves interestelares. Lo sé. Y si a los señores de la Galaxia no les gusta el modo en que tratamos a Butch...

—Quizá no nos puedan volver a encontrar —dijo—. El espacio es demasiado grande. Este puede ser uno de los millones de exploradores, cuyo porcentaje jamás vuelve y que se consideran como desaparecidos.

—Hay diez mil posibilidades —dijo Moran impaciente—, y nunca sabremos cuál es la adecuada, hasta que Butch nos lo diga. Pero no quiere comunicarse.